

RESENHA

CRISTINA MANSILLA DECESARI*

[Livro: DÚTRENIT, S. **La embajada indoblegable**. Asilo mexicano en montevideo durante la dictadura. Montevideo: Editorial Fin de siglo, 2011.]

A Jorge Antonio Dabo Revelo¹

Tas el golpe de estado de setiembre de 1973, contra el presidente, constitucionalmente elegido, Salvador Allende, los usurpadores lanzaron una campaña por radio y televisión con un mensaje meridianamente claro: que no hubiera piedad con los extranjeros que habían ido, según su óptica, a matar chilenos. Alentaban a los ciudadanos a que corrieran a la comisaría más cercana a denunciar. Esta campaña chilena estaba destinada a dar caza y muerte a los subversivos foráneos pero era, una acción más en un engranaje represivo de mayor envergadura, un esquema destinado a lograr el aniquilamiento de una fracción de la sociedad, dotada, real o ficticiamente, de determinados atributos.

Dos meses y quince días antes un presidente, carente de toda raigambre democrática en su formación, pero elegido también a través de las urnas por el pueblo uruguayo daba, conjuntamente con las Fuerzas Armadas uruguayas el tercer golpe de estado que sufriera este país. Pero este autogolpe, este nuevo quiebre institucional poco tenía que ver con las instancia de 1933 y 1942, aunque toda política represiva posee intrincadas raíces en el ayer. Al fin y al cabo principio tienen las cosas

La Embajada Indoblegable, cuya autora es una reconocida experta en los temas de exilio y asilo conosureño, refiere a una de las consecuencias que tuvo aquel atentado a la Constitución en el Uruguay, país en el que los niveles de compromiso sindical, social y político siempre habían sido factores relevantes en la cotidianeidad: la salida forzada del territorio, la aplicación de la pena del destierro, aunque la misma ya no se decidiera en ningún tribunal sino en las sombras que el Estado fomentaba, construyendo un aparato paraestatal que subvertía toda las normas, aunque se autoasignara el rol de ser su guardián mas fiel. La pena de destierro fue eliminada por la Ley de Seguridad del Estado, 14.068 de 1972, pero el instituto se convirtió en realidad, mas allá de toda derogación. Shakespeare llamaba al exilio, “el otro nombre de la muerte.” Y, más allá de que la vida puede más, muchos de los exiliados, desterrados, asilados de aquella embajada, salieron del Uruguay, del paisito, muriendo un poco. La otra consecuencia principal de la dictadura cívico militar fue la prisionización, Uruguay se volvió un país cárcel. 60.000 uruguayos fueron detenidos en algún momento y 6.000 hombres y mujeres purgaron cárcel político por largos periodos. Pero la lista de víctimas no cesa aquí, más de 200 desaparecidos, más de 200 asesinados políticos, muertos en la tortura, muertos por ejecuciones extrajudiciales.

En marcos como el descrito, donde el Estado, supuesto guardián de garantías y derechos, se transforma en accionista principal de la empresa terrorista que asoló al país durante 17 años, ya que si bien el golpe fue el 27 de junio de 1973, desde 1968 ya se adivina el contorno de muerte y represión, la búsqueda de refugio se vuelve una imprescindible necesidad como medio para salvar la vida del fin, de la tortura, del encierro sin fecha final. En estos estadios, tal como sostiene la autora “la concreción de protección depende mucho de la política estatal de asilo, la voluntad específica del poder ejecutivo de turno y la percepción del embajador in situ”

Es la percepción del Embajador Vicente Muniz Arroyo, la que será analizada en las páginas de este libro; que se evidenciara a través de esta investigación meticulosa y detallada, que suma a lo largo de sus letras, nombres y testimonios de aquellos uruguayos

y uruguayas que lograron ingresar a los distintos locales que pertenecían a la misión mexicana en Montevideo y así poner a salvo la integridad física.

En estas líneas descubrimos la estatura de Vicente Muniz Arroyo, que cumplió a cabalidad y más, el rol asignado de Embajador, poniendo vida y bienes a favor de los perseguidos. El libro nos cuenta de la lealtad de Muniz Arroyo para con los amigos, y como ejercerá la misma, cuando un grupo de oscuros militares, cuyo nombre se llevó el viento o algún expediente judicial, se ofendieron por la presencia del General Liber Seregni, máximo dirigente del Frente Amplio, la coalición de izquierdas nacida en 1971, en la fiesta nacional de México. Seregni se quedó, aquellos se fueron. Para muestra un botón.

En 1975 se inicia un operativo específico contra el Partido Comunista del Uruguay y la represión se hace carne sobre sus militantes. Dútrenit ira contando, a través de la historia oral y de la búsqueda en archivos diversos, el peregrinar de casi cuatrocientos uruguayos, de todas las edades, muchos de ellos integrantes de ese Partido, ilegalizado y perseguido. Pero no serán los únicos, miembros de otras organizaciones de izquierda irán a golpear las puertas para escapar a la barbarie, golpearán, se meterán sin preguntar antes, se arrojarán en brazos de funcionarios mexicanos, harán de pasillos territorio diplomático, todo con tal de seguir luchando.

Como comienzo tienen las cosas, y aunque hubiera antecedentes de algún caso, es en noviembre de 1975 con el ingreso del General Arturo Baliñas y del periodista y poeta Carlos Puchet, que la corriente aluvional de asilados ira creciendo.

El Asilo diplomático es aquel que se solicita en la misión, en la embajada, el Asilo territorial o refugio es aquel que se solicita una vez cruzada la frontera del país que pone en riesgo la existencia, la integridad física, la libertad.

Durante el 2013, 60 mil personas buscando refugio llegaron por mar a Europa, en el 2014 218 mil. El mundo atraviesa la peor crisis humanitaria en materia de refugiados desde la II Guerra Mundial, superando incluso los números de aquella tragedia. Hoy más que nunca los temas de asilo y refugio están sobre la mesa, en la

agenda pública, en los medios de comunicación. La lectura de este libro se vuelve imprescindible entonces, para conocer y reconocer la experiencia de aquellos ciudadanos que tuvieron que salir de aquel país donde “los presidentes andaban sin capangas” al decir de Benedetti, porque la democracia se creía consolidada. Aquella parte de la historia, contada de forma amena, sustentada, reflexiva por la autora, sirve como faro para reconocer en los solidarios y en los que recibieron la solidaridad, pero especialmente en los primeros, motivos para hoy no cejar ante los desafíos impuestos por la realidad ni tampoco ante las voces, tan eternas como el tiempo, que intentan levantar muros y vallas para que el otro, el temido otro no perturbe la paz que en realidad no poseen y creen tener.

Cincuenta por ciento de las personas asiladas en la Embajada de México durante fines de 1975 y marzo de 1977, fecha hasta la que estuvo como Embajador Muniz Arroyo habían sido detenida al menos una vez. No solo era el horror de saber que cual pase mágico, los compañeros comenzaban a evaporizarse de las calles sino la constancia escrita sobre el cuerpo de aquel terror metódicamente organizado para sembrar miedo y desarticular toda suerte de resistencia.

Artistas de la talla de Anhele Fernández, o el elenco de El Galpón, institución fundamental del teatro uruguayo, asilados que habían escapado desde la dictadura brasileña como Zelia Maluza Stein, militares de la Fuerza Área uruguaya, universitarios como Rafael Guarga, periodistas como Carlos Borche, todos fueron entrando en los resquicios que la residencia ofrecía hasta cubrir cada espacio, cada sillón, cada posibilidad de asiento. Todos afrontaron los momentos más difíciles, insostenibles y las contadas alegrías. Dútrenit se hace su eco, cuenta su historia, construye un relato que nos permite adentrarnos en aquella casa que por momentos sentimos su claustrofobia, su angustia pesando sobre nuestra propia historia.

En una estantería donde se agrupen los libros fundamentales de estudio sobre el asilo, este debiera tener un lugar particular, ya que refiere a un caso paradigmático de protección diplomática a través del asilo, práctica que no necesariamente constituye la norma en los diversos conflictos que han golpeado a América Latina. Junto a Gustavo

Iruegas, Gonzalo Martínez Corbalá, Harald Edelstam, Tomaso de Vergottini, Gustavo Maza, Cuitláhuac Arroyo Parra, Leon Bouvier, Jean Pierre La Fosee, Clare Duhamel, Yvonne Legrand, Félix Córdoba Moyano y Albino Gómez, Vicente Muniz Arroyo fue un estandarte de solidaridad, valentía y humanidad, en una América Latina, partida a sangre y fuego. Su tarea arriesgada y difícil, plagada de negociaciones para obtener salvoconductos, para proteger la vida de sus asilados hasta que despegaran, incluso desde Buenos Aires, ya que varias veces hizo ese tramo del vuelo con ellos; el sentir espiritual e ideológico de aquellos militantes de izquierda comprometidos con la idea de que otro Uruguay era posible, cobra vida en estas páginas y convoca a nuestra ética para el presente.

Notas

* Licenciada en Relaciones Internacionales, investigadora independiente.

E-mail: tarresuy@yahoo.com

¹ Detenido en junio de 1975. Muere estando detenido en el Establecimiento Militar de Reclusión N° 1, conocido como Penal de Libertad el 8 de diciembre de 1980 mientras realizaba trabajos forzosos. Según testimonios tenía la cara desfigurada y habría llegado muerto al Hospital Militar. Tenía 43 años y dos hijos. Militaba en el MLN – Tupamaros.

Fuente: http://www.universidad.edu.uy/pmb/opac_css/doc_num.php?explnum_id=116 29.07.2015.